

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

**LOS CRISTIANOS Y LA IGLESIA
ANTE LA SOCIEDAD ACTUAL**

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA, 1977

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

**I.- LA IGLESIA SE COMPRENDE Y SE CONSTRUYE A SÍ MISMA
DENTRO DE LA HISTORIA**

Sólo puede cumplir su misión dentro de la historia humana
Una fidelidad costosa

**II.- RIESGOS Y POSIBILIDADES DE LA IGLESIA
EN NUESTRO MOMENTO HISTÓRICO**

A. LOS RIESGOS

Las seducciones del poder, de la seguridad y de la comodidad
Los riesgos de la privatización del anuncio del Evangelio
El peligro de la ideologización

B. POSIBILIDADES

Cristo, garantía máxima de identidad para la Iglesia
La fuerza verdadera está en la debilidad
Participación de la Iglesia en el Misterio Pascual

III.- LA IGLESIA QUE ENTRE TODOS TENEMOS QUE CONSTRUIR

Una Iglesia de creyentes
Una Iglesia que escucha la Palabra y es juzgada por ella
Una Iglesia que, desde su pobreza, quiere servir en el compromiso a favor
de la justicia y de la paz
Una Iglesia capaz de sentir con el pueblo

IV.- LA CELEBRACIÓN COMUNITARIA-ECLESIAL DE LA CUARESMA

Especial urgencia de esta Cuaresma
Conversión individual y colectiva
Esperanza activa en medio del cambio
Algunas maneras particulares de revisión
Muerte al pecado y vida en el Señor

INTRODUCCIÓN

1. Año tras año nos llega a todos los cristianos la invitación de la Cuaresma como llamada a una conversión que nos prepara al paso del Señor en el misterio de la Pascua cristiana. Es una conversión que pretende alcanzar los frutos de una nueva evangelización de nuestras vidas; adhesión a Cristo en la fe y en la vida sacramental, renovación moral individual y comunitaria, y entrega creciente a los compromisos que el amor cristiano impone en cada fase de la historia humana.

En buena parte hemos aprendido, guiados por las orientaciones conciliares (cfr. Const. *Sacrosanctum Concilium*, 27. 72), a superar los planteamientos excesivamente individualistas de la conversión y sentimos la necesidad de incluir nuestra conversión individual en el ámbito de la renovación comunitaria. En la comunidad eclesial encuentra apoyo nuestra fe vacilante y se confirman las posibilidades de nuestros compromisos sinceros. Sólo cuando la conversión se explicita también en las mismas estructuras eclesiales, y cuando se da una coherencia entre la conversión individual y la conversión comunitaria, puede la Iglesia presentarse como signo de salvación que vive, anuncia y testifica el Evangelio; ofrece entonces a los hombres la atracción seductora de los tesoros del Reino de Dios presentes en el mundo (cfr. Mt 13,44-45; Exhortación *Evangelii Nuntiandi*, 23).

En el paso hacia una nueva sociedad, son muchos los creyentes que sienten la dificultad de armonizar la fe recibida, y las perspectivas abiertas en esta primavera del año 1977, a los nuevos planteamientos que la voluntad popular depara en el orden cultural, social y político. Muchos sienten vértigo, rodeados de vacío, y buscan la acogida cordial de una comunidad cristiana capaz de estar en la nueva sociedad y de integrar a la luz del Evangelio aquellos valores del nuevo mundo que son coherentes con la fe.

¿Cómo responderá esa comunidad eclesial ante los retos que le plantea hoy la historia de nuestro país? ¿Cómo podemos nosotros, creyentes de la Iglesia de Cristo, mantenernos en este nuevo mundo fieles al Señor Jesús y a su misión salvadora entre los hombres de nuestro tiempo?

I.- LA IGLESIA SE COMPRENDE Y SE CONSTRUYE A SÍ MISMA DENTRO DE LA HISTORIA

Sólo puede cumplir su misión dentro de la historia humana

2. La Iglesia está inserta en el mundo; las comunidades cristianas son parte de la sociedad en que vivimos. Los cristianos son ciudadanos, al mismo tiempo que miembros de la Iglesia. Las comunidades cristianas y la Iglesia total no podemos ser para los hombres y para la sociedad de cada tiempo signo convincente del amor salvador de Dios y de la respuesta de la humanidad a tal amor, si no compartimos la marcha de la familia humana y de la historia de un pueblo concreto.

Dios lo quiso así. Jesús quiso que sus discípulos fueran levadura, sal, luz, para los hombres de cada tiempo (cfr. Mt 5,13-14; 13,33). Quiso a su Iglesia semilla sembrada en la tierra del acontecer humano (cfr. Mt 13,31-32; Mc 4,26-29). Y hoy el Señor resucitado, triunfador de la muerte, sigue vivo y presente en la fe y en el amor de los suyos, iluminando y orientando el sentido de la historia humana hacia el logro de una plenitud insospechada (cfr. 2 Co 4,6).

Como Iglesia, nacemos de la llamada del Señor Jesús, de la iluminación de su fe y de la fuerza de su gracia; pero brotamos igualmente cada día de la corriente imparable de la historia humana.

Inquietudes que provoca esta inserción

3. Esta verdad tan sencilla y fundamental es, sin embargo, causa de no pocas inquietudes que turban a los cristianos y que dificultan la comprensión del mismo ser de la Iglesia y de su misión. La Iglesia se presenta con un rostro humano. ¿Cómo descubrir en ella algo más que un mero grupo social que existe, actúa, vale y es juzgado como cualquier otro grupo humano? ¿Cómo ver en ella una aportación radicalmente nueva y original?

Integrada en los procesos históricos humanos, la Iglesia es hoy analizada, valorada e interpretada por muchos a partir únicamente de supuestos meramente culturales; es aceptada o rechazada por lo que pueda aportar o retardar el logro de las metas que cada uno se propone, movido por sus intereses personales o colectivos. Por ello, contar con la Iglesia o prescindir de ella será sólo cuestión de acierto político o de cálculo estratégico. Los mismos elogios a la Iglesia, a grupos cristianos y a ciertas instituciones eclesiales, podrían ser parte integrante de un proyecto de utilización dentro de los propios programas.

Medida con criterios de eficacia humana, la Iglesia podría considerarse inútil en relación con las conquistas logradas por el camino de las acciones sociales y políticas, del desarrollo económico y de los avances de la ciencia y de la técnica. Y no faltan quienes creen que la Iglesia y las comunidades cristianas cumplieron su papel en épocas en que, gozando de mayor influencia social y de más poder político y económico, ejercieron un auténtico protagonismo y liderazgo históricos.

Si se entiende a la Iglesia desde esta perspectiva puramente humana, se cae en el extremo de adulterar su propia identidad. Para ser aceptada, se le pide que se estructure como los demás grupos, que actúe al hilo de los programas vigentes en la sociedad. El diálogo con el mundo sólo sería posible a partir de la aceptación de la jerarquía de valores y de la forma de pensar del hombre de hoy.

Ante los intentos de recuperar para la Iglesia su propia razón y forma de ser, sin caer en interpretaciones puramente humanas de su naturaleza y misión, surgirá la queja de que la Iglesia y el pueblo siguen caminos distintos y paralelos, que hacen imposible el mutuo entendimiento, la encarnación salvadora y la tarea de la evangelización.

Pero no faltan tampoco quienes consideran que se está dando una indebida “mundanización” y claudicación de la Iglesia. Se debería mantener, con rigor inflexible, la distancia de los cambios sociales, de las adaptaciones condescendientes y de las infiltraciones del espíritu mundano que ponen en peligro la propia identidad.

Esta actitud puede fundarse en un sano deseo de acentuar la dimensión sobrenatural y trascendente de la Iglesia. Pero muchas veces, especialmente cuando se manifiesta con rasgos de cierto rigorismo estático y anclado en el pasado, puede ocultar en el fondo la impotencia y la desconfianza de quienes creen que el mundo “se nos va” y que el cambio social está abocado, si Dios no lo remedia, a un desastre religioso general y al naufragio de la fe. Se busca entonces la salida ficticia del refugio nostálgico en posturas y comportamientos de otra época considerada mejor.

Exigencias fundamentales para la Iglesia: ser parte del mundo y ser ella misma

4. La Iglesia de Cristo no puede renunciar a ninguna de estas dos exigencias fundamentales: la de ser parte del mundo, para poder decir una palabra actual, histórica, comprensible al tiempo en que vivimos; y, al mismo tiempo, la de ser ella misma, irreductible a un mero acontecimiento humano, para hacer así presente entre los hombres algo que ellos solos no pueden lograr: la salvación de Dios (cfr. Jn 17,14-18).

No decimos esto en virtud de una sistemática voluntad de equilibrio; lo afirmamos por ser fieles al plan de Dios sobre su Iglesia y por respetar la ley de la Encarnación, que nos muestra a Jesús, Dios verdadero e igual a nosotros en todo menos en el pecado, el modelo originario para su Iglesia (cfr. Const. *Lumen Gentium*, 8, 1).

Cada momento histórico y cada situación social son así una oportunidad ofrecida a la fe y a la Iglesia para que busquemos la respuesta personal y comunitaria que los creyentes hemos de dar a los hombres, rastreando los caminos de Dios. Nuestro tiempo, la historia, la sociedad de hoy, son una llamada que no puede quedar sin respuesta por parte de quienes desean avanzar siguiendo las huellas del Dios hecho hombre y hecho historia (cfr. Const. *Gaudium et Spes*, 10).

Pero nuestra respuesta no puede ser el simple eco de las voces pronunciadas por los hombres, sino la búsqueda de una mejor comprensión de la riqueza de la fe y del contenido inagotable del misterio de Jesucristo que se gesta, madura y se despliega día a día, con el enriquecimiento continuo de la savia divina y las nobles aportaciones de la auténtica libertad humana. Como Iglesia que somos, hemos de proclamar que en Jesucristo se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios. Una salvación que no se agota en el cuadro de la existencia temporal inmanente, sino una salvación trascendente, realizada en la comunión con Dios, que comienza ciertamente en esta vida pero que tiene su cumplimiento en la eternidad (cfr. EN 27, 32, 33).

Sin temor a que la aproximación a la realidad cambiante de nuestra sociedad nos sumerja en el torbellino de la inseguridad, hemos de tener la confianza suficiente en la fuerza del Evangelio y en la permanente acción del Espíritu para descubrir incansablemente la respuesta fiel y válida que no podemos pretender tener en nuestras manos solamente por el hecho de haber creído una vez (cfr. Hch 10,32-36).

Una fidelidad costosa

5. En este esfuerzo permanente, nosotros los creyentes, las comunidades cristianas y la Iglesia toda, no podemos estar en perfecta sintonía con el mundo que nos rodea (cfr. Rom 12,2). También nosotros hemos de aceptar la reacción de repulsa que provocó sobre sí la libertad de Jesús para decir y vivir la verdad. La acogida no es, sin más, garantía de acierto; mucho menos en esta sociedad trabajada por los conflictos, las tensiones y las violencias, en este mundo en que los ídolos del dinero, del placer y del poder quieren ocupar todo el terreno, desplazando al único y verdadero Dios (cfr. 1 Ts 1,9-10).

La Iglesia y los cristianos que la hacemos, hemos de mantener la distancia necesaria para contemplar las realidades humanas bajo el prisma de la Palabra de Dios; a la vez, hemos de entrar en los problemas y en la vida de los hombres con toda honradez para captar la realidad con la hondura que solamente da el compromiso.

Situación difícil de alcanzar, pero necesaria para que la Iglesia no aparezca como una mole e imperturbable ante todas las embestidas del tiempo, ni como espuma carente de consistencia propia y puro resultado de los avatares de la historia humana.

II.- RIESGOS Y POSIBILIDADES DE LA IGLESIA EN NUESTRO MOMENTO HISTÓRICO

A. LOS RIESGOS

Las seducciones del poder, de la seguridad y de la comodidad

6. No sólo los cristianos, también la Iglesia, a pesar de las promesas y de la asistencia divina, está sujeta a tentación. No es ella una realidad totalmente sacrificada; cada uno de nosotros hace su propia aportación de gracia y de pecado, de santidad y de injusticia. Y ella misma, como cuerpo social y comunitario que es, ofrece la imagen de quien padece las consecuencias del pecado en sus actuaciones, en sus criterios y jerarquía de valores, en las deficiencias de su misma organización (cfr. LG 8).

La humillación de Dios en la carne humana de Jesús (cfr. Flp 2,6) ha proseguido más hondamente en su Iglesia, al aceptar cargar sobre sí los pecados de nuestra pobre historia. Pero la fe nos dice también que la Iglesia es expresión de la solidaridad de Dios con los pecadores, y que guarda dentro de sí el germen de la salvación y de la esperanza (cfr. Rom 8,23-24; LG 9,2).

Así como cada momento histórico y cada medio socio-cultural ofrecen a la Iglesia la oportunidad de actuar con una mayor profundidad las riquezas del Evangelio, así también el pecado de cada momento de la historia del mundo tiende a penetrar en las comunidades cristianas, llevándolas a apartarse del camino de la fidelidad evangélica. Aquí radica nuestra responsabilidad: el porvenir de la Iglesia está también en nuestras manos.

Por una inevitable presión ambiental y por la transferencia cultural, que es fruto de la encarnación en la historia de que antes hablábamos, a la Iglesia se le ofrece hoy la tentación del poder, de la seguridad y de la comodidad, bases fundamentales sobre las que se edifica la sociedad actual.

Quizás algunos añoren una Iglesia rica en toda clase de poder, aliada con las fuerzas políticas y económicas, que puedan asegurarle una situación de cierta hegemonía. Aun cuando la movilidad social haga pasar el poder de unas manos a otras, de unos grupos a otros, siempre está presente la tentación de buscar el poder allí donde está, creyendo que puede ser el aliado eficaz para la obra de la evangelización o, al menos, para la seguridad de la Iglesia (cfr. 1 Tm 6,9-10).

Tentación más sutil puede ser la de mantener una vinculación con grupos políticos y movimientos sindicales que estén integrados total o parcialmente por cristianos, para asegurar desde el poder una influencia sobre la sociedad futura. A través de contactos e influencias de índole personal, se trataría de asegurar el porvenir de la civilización cristiana, de mantener una cierta tutela de la Iglesia con respecto al ámbito civil.

A todos nos alcanza la obligación de revisar nuestros criterios para ver si nos gustaría más una Iglesia cuya mayor fuerza es la fe, la fidelidad al Evangelio,

el servicio a los que sufren y a los marginados de la sociedad y, en última instancia, a la verdad y a la justicia (cfr. EN 41).

En una época en que, al parecer, las fuerzas sociales de todo orden, incluidas las políticas, las económicas y las culturales, experimentan una evolución y tienden a un nuevo equilibrio, supondría una falta de fidelidad al Evangelio la búsqueda de apoyos y de alianzas, más o menos explícitos, que no podrían menos de enturbiar la pureza del testimonio de la fe y del Evangelio.

Hemos de aceptar todos con espíritu de fe, la austeridad y el sufrimiento de una Iglesia pobre pero libre para anunciar a todos, independientemente de posiciones más o menos partidistas, el contenido pleno del Evangelio.

Una Iglesia así, fiel a sí misma y al Evangelio, que pone su confianza fundamental en la fuerza de Dios, ofrece garantías de libertad frente a los intentos de quienes pretenden utilizarla como objetivos, tareas o formas de actuación que no responden plenamente a su misión salvadora.

Los riesgos de la privatización del anuncio del Evangelio

7. La libertad evangélica de la Iglesia ha de llevarla también a superar el peligro de una indebida “privatización” de su mensaje y de su actuación. Desde los diversos flancos padece ella el riesgo de ser reducida al ámbito de los problemas internos de las conciencias como si nada tuviera que ver con los acontecimientos públicos y las relaciones sociales de carácter político, económico o cultural.

No se puede olvidar que todo sistema económico, social o político tiene en su base una determinada imagen y concepción del hombre. Desde la imagen del hombre que ha sido revelada en Jesucristo (cfr. Col 1,5) reclamamos para la Iglesia el derecho y el deber de decir una palabra iluminadora y crítica sobre la vida pública y sobre las situaciones y acontecimientos político-sociales (cfr. EN 33).

Supondría un grave retroceso para la misma convivencia cívica el rechazo del derecho que le compete a la Iglesia, como a cualquier otro grupo social, de hacer presentes sus puntos de vista sobre los problemas que afectan a la concepción del hombre y de la vida (cfr. EN 19).

La Iglesia debe conquistar permanentemente su propia libertad, tanto frente a las corrientes ideológicas que quisieran reducir la problemática religiosa al ámbito privado de las conciencias como frente a las dependencias que inevitablemente han de crear ciertas solidaridades económicas, políticas o culturales.

El peligro de la ideologización

8. Tenemos también el peligro de perder la propia libertad y originalidad como comunidad creyente, a causa de una indebida ideologización o interpretación del contenido de la fe a partir de las diversas ideologías (cfr. EN 32).

Es cierto que la presentación y la interpretación del mensaje cristiano han estado siempre influidas y condicionadas por las diversas corrientes culturales; es ésta una consecuencia inevitable del carácter histórico de la Iglesia. Ello nos ha de impulsar a una purificación permanente del mensaje que anunciamos, corrigiendo las inevitables deformaciones y parcialidades ideológicas de las presentaciones que de él se hayan hecho a lo largo de la historia de la Iglesia (cfr. EN 20).

Con todo, la fe ha de tener para el cristiano una primacía real y una fuerza crítica sobre las diversas ideologías. Su misma realidad de don sobrenatural, nacido de la continua presencia del Espíritu y alimentado en el seno de la comunidad cristiana, da a la fe la firmeza, el vigor y el dinamismo que impiden su fundamental adulteración por influjo de las ideologías; ahí está la raíz de su distanciamiento y de su capacidad crítica respecto a todas ellas.

En estos momentos en que la libertad que brota del Evangelio, en que la integridad del mensaje cristiano y la misma unidad de la Iglesia están fuertemente amenazadas por las lecturas que se hacen del Evangelio y de la fe desde posiciones de signo capitalista o marxista, hemos de afirmar con fortaleza la prioridad de la fe, su independencia crítica, su libertad operativa respecto de todas las ideologías. Ello es condición necesaria para asegurar la continuidad del ser cristiano y la originalidad y autenticidad propias de la comunidad eclesial.

Aunque el tema necesitaría un tratamiento más amplio, queremos advertir aquí sobre el peligro que lleva consigo una aceptación acrítica de expresiones como “Iglesia popular”, “comunidad dialéctica con la jerarquía”, “conversión interna de las conciencias”, “neutralidad política de la Iglesia” y otras semejantes, de fuerte contenido ideológico, no obstante la dosis de verdad que pueden llevar consigo aun desde la perspectiva de un acercamiento leal y hondamente creyente al Evangelio. Hemos de recordar que la Iglesia debe ser modelo de convivencia fraternal; pero no por ello ha de organizarse según los diversos esquemas puramente humanos de la convivencia social, sino en la fidelidad a la contextura comunitaria que quiso Cristo para ella y que, bajo el aliento del Espíritu, se concretó en la experiencia eclesial de la época apostólica (cfr. EN 58).

B. POSIBILIDADES

Cristo, garantía máxima de identidad para la Iglesia

9. No podemos ni queremos quedarnos en la mera reflexión sobre los riesgos y las tentaciones que la sociedad actual presenta a la fidelidad evangélica de la Iglesia. La visión de la historia, como una llamada permanente de salvación desde la fe, nos fuerza a adoptar una postura de confianza activa, de esfuerzo imaginativo, para descubrir las posibilidades que nos ofrece la situación que precisamente vivimos hoy, para conocer mejor el Evangelio y para vivir una vida de comunidad eclesial más coherente con el proyecto originario de Cristo.

La Iglesia no puede buscar el principio de su identidad más que en Jesucristo; es en Él donde la Iglesia se encuentra a sí misma. Cuando los miembros

de las comunidades cristianas nos vemos afrontados a esta crisis de cambio en que se cuartejan nuestras tradiciones y se desarbolan nuestras seguridades, hemos de orientarnos más que nunca hacia nuestros orígenes, hemos de ahondar en nuestras raíces. Nuestra consistencia está en Jesucristo (cfr. Hch 13,8).

Precisamente hoy podemos realizar mejor la Iglesia conociendo a Jesús más diáfano, oyendo su voz amiga más inteligible, acogiendo su señorío más humilde y obedientemente. Hoy vivimos una oportunidad magnífica para llegar, en la lucha y en el esfuerzo, a nuestra propia verdad y ser así fuerza liberadora para el mundo y el hombre (cfr. GS 44-45).

La fuerza verdadera está en la debilidad

10. Ojalá escuchemos hoy la voz del Señor (cfr. Sal 95,7) que llama a su pueblo a una peregrinación por el “desierto” (cfr. Ex 13,21 ss; Heb 3,17) en la situación histórica que nos toca vivir.

Sólo si tenemos la valentía y fortaleza de ánimo para introducirnos comunitariamente en el desierto y buscar desde el despojamiento al Dios de las promesas, reencontraremos el horizonte correcto de nuestra presencia y actuación en el mundo.

Porque la decisión de la Iglesia de hacerse débil con los débiles, pobre con los pobres, nos quitará ciertamente el relumbramiento y el poder que hayamos podido tener. Pero hará surgir vibrante la auténtica dimensión profética y crítica del Evangelio y de la Iglesia en la sociedad en construcción: será una postura que incomode profundamente, que revele los fallos de la masificación opresora o del individualismo egoísta, que cuestione el orden establecido y otros órdenes por establecer, presentados ahora mismo como alternativas absolutas.

La debilidad de la fe es portadora de una fuerza purificadora y salvadora de dimensiones cualitativas (cfr. 2 Co 12,10; Col 1,24); ella pone en cuestión la verdad y el acierto de muchos logros humanos, de dimensiones cuantitativas sorprendentes pero viciadas por el pecado de la discriminación, el atropello, la opresión, la mentira, la ignorancia de los débiles y otros pecados colectivos; ella pone de manifiesto la inconsistencia de muchos supuestos progresos humanos.

Los cristianos y la Iglesia hemos de estar persuadidos, tanto en el orden teórico como en el momento de programar nuestras actividades pastorales, de que la eficacia apostólica y evangelizadora radica mucho más en la fuerza de Dios y en la integridad de nuestra fe que en los medios humanos con los que operan los grupos, los partidos, las organizaciones, las tácticas y las estrategias temporales.

Participación de la Iglesia en el Misterio Pascual

11. Los que nos sentimos miembros más o menos responsables y comprometidos con la vida comunitaria de la Iglesia, hemos de aceptar íntimamente y con lucidez que la fidelidad a Jesús es inseparable de una participación real en su

camino de Pasión. No es imaginable un caminar cristiano, individual y comunitario, sin provocar el escándalo de la cruz (cfr. 1 Co 1,23; 1 Ts 2,13-14). La Iglesia no puede aceptar como precio de una supervivencia tranquila las solidaridades incondicionales con personas, grupos y fuerzas humanas que pongan en peligro la única fidelidad absoluta que ella debe a Jesucristo.

En la medida en que la comunidad cristiana busque la coherencia con el Evangelio en que cree, no podrá menos de ser portadora de un germen de insatisfacción dolorosa pero alumbradora de aspiraciones y etapas más plenamente humanas y liberadoras.

Pero los cristianos hemos de saber hacer también realidad en nuestras relaciones comunitarias y eclesiales lo que significa creer en el triunfo de Cristo resucitado; nadie debe poder achacarnos con razón una visión oscura y negativa de la historia y de la convivencia humana. En lugar de buscar el triunfo de Cristo como dominio y hegemonía a favor de la Iglesia y de quienes actúan en nombre de ella, hemos de comunicar el gozo de descubrir, valorar y apoyar todo aquello que sirve verdaderamente a la reconciliación entre los hombres, y al establecimiento de las relaciones más humanizadoras en todos los ámbitos de la convivencia social.

Los que creemos de verdad en Jesucristo resucitado, hemos de manifestar la alegría que produce el vivir al servicio de los demás, aun a costa del sacrificio de intereses egoístas, individuales o de grupo.

Éste es el camino que hemos de seguir los que queremos construir la Iglesia para anticipar ya aquí la experiencia del triunfo de Jesucristo (cfr. 2 Co 4,10-11).

Nuestra persuasión profunda se enraíza en aquella gozosa intuición del Concilio que, a la vez que valora todos los esfuerzos ordenados a la creación de un mundo más humano, mantiene abierta la esperanza a la consumación total que sólo puede provenir de Dios (cfr. GS 39).

III.- LA IGLESIA QUE ENTRE TODOS TENEMOS QUE CONSTRUIR

Desde esta fe en la Iglesia, conscientes de la importancia del papel que le toca jugar para anunciar el Evangelio, queremos que ella se manifieste cada vez más como “sacramento visible de la salvación” (EN 23). Ahora deseamos exponer algunas características de esta Iglesia que tenemos que hacer entre todos, y que sólo será realizable con un gran deseo de conversión personal de cada uno de los que nos sentimos miembros suyos.

Una Iglesia de creyentes

12. La Iglesia es la comunión de los hombres y mujeres que han descubierto en Jesucristo el único Dios y Salvador y, por lo tanto, lo aceptan y confiesan como el único definitivo Camino, Verdad y Vida (cfr. Jn 14,6).

En la base de la Iglesia ha de estar, pues, la adhesión libre y personal al mensaje y a la persona de Cristo (cfr. Mt 4,20; 19,27; Jn 6,68).

Sin la fe, la Iglesia se vacía de su verdadero sentido y contenido (cfr. Mc 16,15-16; EN 23), para convertirse en una organización, en una sociedad o en un movimiento que se dice “religioso”. Precisamente el quehacer de la comunidad cristiana consiste en situar a quienes experimentan su influjo ante la necesidad de optar por un compromiso personal de fe y en ayudar a los hombres a adherirse a Jesucristo y a su proyecto de vida.

En este sentido, la Iglesia no coincide, sin más, con el conjunto de las personas bautizadas. El bautismo recibido de niño incorpora a éste a la comunidad de los creyentes y le hace miembro de la gran familia de Dios; sin embargo, no asegura que uno sea de mayor creyente; es un germen que, para su adecuado desarrollo, necesita del ambiente familiar cristiano y de la comunidad de verdaderos creyentes.

Hemos de proponer el objetivo de formar progresivamente comunidades eclesiales de cristianos que, perteneciendo libremente a la Iglesia, busquen, aun con sus limitaciones y sus pecados, conocer mejor el mensaje evangélico y vivirlo con mayor fidelidad.

No podemos desconocer el hecho de que particularmente en la situación de cambio social que estamos viviendo, aun los creyentes sinceros viven su fe en un esfuerzo constante, de luces y sombras, sin alcanzar nunca, de forma definitiva, la meta ideal de la posesión pacífica de su condición creyente. La Iglesia habrá de actualizar siempre la condescendencia y la benevolencia hacia la debilidad humana que brillaron en Jesucristo y de las que ninguno de nosotros podrá sentirse nunca dispensado.

Pero ello no podrá llevarnos a desfigurar de tal manera el rostro auténtico de la Iglesia que demos cabida en ella a toda clase de posturas, opiniones y formas de pensar. Sus mismas celebraciones sacramentales habrán de cumplir los

requisitos necesarios para que no pierdan su auténtico sentido y puedan ofrecer la imagen verdadera de una real celebración de la fe en Jesucristo.

Por la convocatoria, por los participantes, por el modo de la celebración y por los objetivos perseguidos, el carácter específicamente creyente de la celebración debe manifestarse con prioridad. De no ser así, los sentimientos más profundos de los creyentes son duramente lesionados y, lo que es peor, se corre el riesgo de utilizar en vano el nombre de Jesucristo.

Queremos pedir no sólo a los creyentes sino también a los que no se profesan como tales que, en materia tan delicada, el respeto debido a la libertad religiosa de todos se traduzca en formas de comportamiento que aseguren la autenticidad y la verdad de las celebraciones, y que eviten interferencias en ellas de acciones políticas que abocan a la desnaturalización y manipulación de lo sagrado. A la larga, será la misma sociedad y los ideales de libertad y de justicia que se propugnan los que saldrán beneficiados.

Pero al mismo tiempo, la sincera aceptación de una Iglesia que queremos así, ha de dar cabida y ha de estimular los procesos de educación y de maduración de la fe, que nos ayuden a pasar de una práctica religiosa más o menos masiva a una celebración más consciente y personalizada, exponente y signo de un deseo sincero de vida cristiana (cfr. EN 54).

Esta acción catecumenal y este proceso educativo, basado en una justa valoración de la piedad popular, habrá de plantearse no sólo en función de pequeños grupos, más o menos inquietos, sino también en razón de la masa de los cristianos que participan todavía, de alguna manera, en las celebraciones. Y aun a aquellos que, sin sentirse plenamente miembros de la Iglesia, se hallan en sincera actitud de búsqueda, habremos de ofrecer la posibilidad de un descubrimiento progresivo de la auténtica fe vivida en el seno de la comunidad cristiana.

De ahí el deseo que tenemos de promover en nuestras iglesias diocesanas serias experiencias de catecumenado para ampliar y profundizar la formación en la fe del pueblo cristiano. Y de ahí también, el empeño particular que hemos de tener todos los educadores de la fe, sacerdotes, religiosos y seculares (cfr. EN 68-70) de hacer un esfuerzo de capacitación doctrinal, que permita el diálogo en profundidad con cuantos pidan razón de la propia fe.

Una Iglesia que escucha la Palabra y es juzgada por ella

13. Todo movimiento renovador que anime la construcción de la Iglesia ha de recurrir a la Palabra vivificante de Dios. Volvemos a encontrar la Vida y la Luz en la misma Palabra que está en el origen de todas las cosas (Jn 1,3-4).

Sigue siendo para nosotros un ideal, que no ha centrado todavía suficientemente la atención de nuestras comunidades creyentes, el que nos proponía el Concilio Vaticano II: Una “Iglesia, esposa de la Palabra hecha carne, instruida por el Espíritu Santo”, que “procura comprender más profundamente la Escritura para alimentar constantemente a sus hijos con la Palabra de Dios” (Const. *Dei Verbum*, 23).

Una Iglesia que recuerda que “en los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos” y que “es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual” (DV 21). En la Escritura resuena aún hoy, como en lugar privilegiado, la Palabra que ha animado siempre la tradición viva del pueblo creyente en las encrucijadas de la Historia.

Convocados por esa Palabra, los creyentes nos constituimos en Iglesia: todos escuchamos devotamente la Palabra de Dios; en todos actúa el Espíritu Santo; todos nos hemos de poner a su servicio. Uno de estos servicios es el que ofrece a la comunidad cristiana y al mundo el Magisterio de la Iglesia, en nombre de Jesucristo, al interpretar auténticamente la Palabra de Dios, oral o escrita (DV 10). La actitud de escucha de la Palabra bíblica, de apertura a los demás miembros de la comunidad creyente y de atención instintiva a la voz privilegiada de los pastores, debe configurar a nuestra Iglesia; así podremos discernir los acontecimientos de la nueva historia desde la Palabra de Dios, que se comunica también a los hombres de nuestro tiempo.

La capacidad de conversión personal y de renovación incansable distinguen al creyente y a la comunidad cristiana que reconoce hallarse en este constante aprendizaje; el Espíritu Santo “en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de Salvación” (EN 76). La comunidad creyente ha de ver con normalidad los trances de crisis para acoger a la Palabra “viva y eficaz” que “escruta los sentimientos y pensamientos del corazón” (Hch 4,12) y se erige en juez justo con sentencias salvadoras.

Hay especiales dificultades para la escucha y aceptación del juicio de la Palabra de Dios, en un tiempo de segunda evangelización, como es el nuestro: la autosuficiencia de quienes consideran a esa Palabra como ya conocida y familiar; el apego a costumbres sociales y formas de vida en las que no se ha reflejado la Palabra del Señor; los intereses económicos de prestigio o de influencia, que inventan pretextos razonables para no imponerse el austero caminar hacia un mundo nuevo guiado por la fe; las claves de lecturas parciales por las que se fuerza a la palabra a decir algo que ya se tenía preconcebido.

La Iglesia que entre todos construimos debe sentirse gozosamente liberada a medida que va haciendo suya la ley de la libertad (Gal 5,1) que le ofrece como “yugo suave” (Mt 11,30) la Palabra del Hijo de Dios que prometió a sus discípulos: “Si os mantenéis en mi Palabra seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn 8,31). El amor a Dios Padre nos libera de los ídolos de hoy y crea un espacio de libertad interior en el que se hace posible el amor fraternal desinteresado, realista y eficiente, sin exclusivismos, con predilección por los débiles. Amor que comparte de cuanto sabe y puede, que “todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Co 13,7).

La escucha atenta de la Palabra de Dios desde la comunidad eclesial, vertebrada por sus Pastores, nos ayudará a educar una conciencia moral personal adulta, alejada tanto del legalismo como del subjetivismo. Buscaremos responsablemente la docilidad al Espíritu que está en nosotros (cfr. 1 Jn 2,27), en ar-

monía con las voces que desde ese mismo Espíritu llegan a esa comunidad eclesial.

Una Iglesia a la escucha de la Palabra de Dios recuperará rápidamente el sentido de la oración que se está difuminando en un mundo secularizado. Valorará en su real magnitud el carácter dialogal de la revelación y la dimensión oracional de la vida humana. Los balbuceos del hombre actual encontrarán expresión más segura y proporcionada en el lenguaje de las oraciones bíblicas, capaces de armonizar con todos los clamores que puedan sonar en nuestro mundo. Será la oración el grito de nuestra esperanza; porque el que no ora, no espera. Renovando el espíritu de oración, nuestros cristianos y nuestras comunidades eclesiales han de esforzarse por salir de sus temores, vergüenzas y titubeos; así sólo podrán los hombres recuperar la esperanza de salvación.

“La palabra de la fe” que abrigamos en el corazón de que “Jesús es Señor” y de que “Dios le resucitó de entre los muertos” (Rom 10,8-9) sigue siendo el servicio propio de la Iglesia al mundo, su razón de ser, que explica en todo momento el sentido de la historia. “Mantengamos firmes la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa” (Heb 10,23). La Palabra de fe vivida en el compromiso de los grupos cristianos dará realismo y solidez a una proclamación abierta, que de otro modo hubiera podido sonar a hueco.

Una Iglesia que, desde su pobreza, quiere servir en el compromiso a favor de la justicia y de la paz

14. Hemos dicho arriba que cuantos libremente creemos en Jesús, debemos abandonar las posiciones de fuerza y poder que deforman nuestra identidad, confiando sólo en el brazo fuerte de Dios (cfr. 1 Co 1,18; 2,5). Ahora bien, esta urgente llamada a la pobreza y al servicio plantea un cúmulo de cuestiones prácticas a la hora de tomar decisiones concretas.

¿Cómo afirmar la opción real por los pobres de Jesús sin caer en radicalismos absolutos? ¿Cómo evitar los fanatismos que llevan a la inoperancia? ¿Es posible compaginar esta voluntad de pobreza eclesial con el mantenimiento de aquellas instituciones que aparentan poder y riqueza?

Graves preguntas, densas de contenido, cuya difícil respuesta no ha de acobardarnos ante el intento colectivo del discernimiento, de la confrontación fraterna de nuestros logros y fracasos, de la voluntad sincerísima de seguir a Jesús.

Porque es aquí, en la escucha atenta de la Palabra de Dios, en el seguimiento humilde y alegre de Nuestro Señor y en la fidelidad al Espíritu, donde iremos descubriendo las claves del rostro nuevo de una Iglesia pobre, servidora y fraternal. Es ésta, nos parece, una forma bien concreta de vivir la fe pascual, fe en la muerte de la que nace la vida. Es creer que de estas realidades humildes puede surgir algo grande para nuestro pueblo y para la humanidad toda (cfr. 1 Pe 1,6-9; 2-21).

La aplicación de las exigencias de pobreza evangélica a nuestras instituciones eclesiales plantea algunos difíciles problemas que no queremos soslayar y para cuya correcta solución ofrecemos algunas reflexiones.

Ante todo, no podemos ignorar el carácter encarnatorio de la Iglesia. Mientras dure la historia, y no hayamos llegado a la patria definitiva, la comunidad de Jesús se hará presente entre los hombres con determinadas estructuras e instituciones totalmente necesarias para poder subsistir.

No podemos soñar la utopía de una Iglesia evangélica sin apoyaturas sociales e institucionales. Nunca existió una Iglesia así y en el mundo actual; mundo profundamente marcado por la socialización, por la variedad de grupos diversos y autónomos, por la cultura planetaria y masiva, la Iglesia no podrá tampoco predicar su Evangelio sin el sostén de las instituciones. No son posibles encuentros, asambleas, estudios, formación de responsables, planes pastorales, acciones misioneras, etc. sin una cierta organización institucional.

Pero es muy importante continuar en el empeño de que nuestras instituciones no sean ni aparezcan como “estructuras de poder”, que se sustentan a base de fuerza e imposición, que despersonalizan la relación humana, que se convierten en burocracia administrativa y tecnocrática y que impiden, a quienes las promueven o actúan en ellas, la pobreza evangélica y la cercanía a los débiles en la defensa de sus derechos.

Nuestras instituciones eclesiales deben tener su medida y subsistir en tanto en cuanto ofrezcan el vehículo necesario para que pase la Palabra del Evangelio, permitan el contacto humano directo y fraternal entre los miembros de las comunidades, sean la prolongación natural de la vida de las mismas comunidades y sirvan de estímulo para la comunión eclesial y el servicio al mundo. Que sean simples, ligeras y hasta frágiles, pero, por eso mismo, expresión de la fragilidad de Cristo entre los hombres.

Cuando crece indebidamente la organización, surge la expresión de fuerza y de poder; desaparece la humildad, humus permanente del que nace la Iglesia cristiana. En materia de instituciones eclesiales somos aún pobres en modelos; hemos de estimular las experiencias que, sirviendo de apoyo a la presencia encarnada de la Iglesia en este mundo, se mantengan en pobreza y eviten los riesgos de la cerrazón de los grupos sobre sí mismos.

Habría que pensar también si, ante el creciente proceso de secularización, ciertas instituciones eclesiásticas de fines asistenciales, culturales o benéfico-sociales que hoy están dependiendo inmediatamente de la jerarquía, no deberían pasar a manos de seculares responsables y acogerse paulatinamente a la legislación civil común, sin que la Iglesia perdiera en dichas instituciones su presencia evangelizadora. Por otra parte, en la sociedad mejor organizada y en la legislación socialmente más avanzada, habrá siempre muchos huecos y diversas formas de marginación. La comunidad de creyentes ha de ser la primera en reclamar para sí el deber y el derecho de atender a estas necesidades.

Nos damos cuenta de que todo esto exige cambios estructurales de gran profundidad en la organización de nuestra comunidad cristiana. Pero no duda-

mos de que el sopro renovador del Espíritu, si lo sabemos escuchar, nos dará el acierto necesario para encontrar el camino.

Por otro lado, nuestras instituciones han de ser promotoras de todo sano esfuerzo de renovación humana. Si el seguimiento de Jesús debe asumirse también institucionalmente, ello debe demostrarse en la predilección por los pobres, débiles e indefensos, que deben ser los privilegiados beneficiarios de nuestras instituciones (cfr. St 2,5-6).

Los hombres de nuestro tiempo están hondamente preocupados por los valores de la paz, la justicia, la libertad. No creemos que ningún hombre de buena voluntad deje de desearlos vivamente. Pero también nos parece descubrir que no son pocos los que creen que somos incapaces de lograrlos, especialmente al contemplar situaciones o momentos dramáticos que nos han tocado vivir. Y mientras algunos se aprovechan de aquellos nobles anhelos universales para la búsqueda del éxito político del propio grupo, otros les dan un contenido que no supera a los horizontes puramente humanos.

En los proyectos humanos a favor de la reconciliación, del apoyo a los débiles, del respeto y promoción de derechos de la persona y de liberación humana integral, deberían estar presentes cristianos conscientes. La Iglesia, por medio de estos grupos y de estas comunidades, ha de ayudar a profundizar en el sentido humano y universal de los proyectos.

Hoy, más que nunca, hemos de aseverar, con toda firmeza y con toda humildad, que nuestra época necesita también en ese orden algo que hoy los creyentes tenemos que dar: esperanza en la venida del Reino de Dios; Reino donde todos los grandes valores del humanismo contemporáneo, necesariamente incompletos por la herida del pecado, alcanzan una plenitud insospechada al ser asumidos y transfigurados en el esplendor escatológico del don de Dios.

No es éste el momento de dejarnos llevar de complejos de inferioridad; bien al contrario, la esperanza cristiana ha de ser hoy fuerza incalculable de transfiguración de la historia.

Es verdad que la influencia de las comunidades cristianas sobre la mentalidad de la sociedad actual y de la nueva cultura puede parecer escasa. El mundo tecnificado y científico de hoy, la sociedad de consumo, la nueva racionalidad política, tiene mil medios para acallar voces molestas como puede ser la de la Iglesia. ¿Cómo no perder la esperanza ante la previsión de resultados poco halagüeños?

Más aún, si nuestra comunidad cristiana acepta seguir el estilo de servicio propio de Cristo, es previsible el enfrentamiento con el mal. Es previsible la pasión de la Iglesia (cfr. Hch 4,18-20).

Pero la hora del poderoso que aplasta al débil es la hora del Siervo de Yavé, es la hora en que la fuerza de Dios rompe el presente hacia el futuro (cfr. 1 Pe 2,21-24).

Una Iglesia capaz de sentir con el pueblo

15. Queremos hacer entre todos una Iglesia que sintonice con las auténticas y justas aspiraciones del pueblo; una Iglesia que, desde su propia misión, participe en la creación de la historia: en la gran historia de la humanidad y en la entrañable historia de cada uno de los pueblos que forman la familia humana (cfr. LG 13; EN 20).

Es cierto que la historia del Pueblo de Dios, que vive y camina dentro de la historia humana, no puede confundirse con la historia de cada pueblo. La libertad personal que cada uno ha de comprometer al aceptar o rechazar el Evangelio, impide una apresurada asimilación de esta naturaleza; ella desfiguraría, además, tanto la peculiaridad del hecho religioso como la autonomía secular propia de cada pueblo (cfr. GS 36).

La Iglesia pone el fundamento de todo orden social en el respeto que, por su condición de criatura hecha a imagen de Dios, se debe a la persona humana y a sus derechos inalienables; al mismo tiempo, ella apoya el dinamismo de los pueblos, a los que compromete el derecho de afirmar su propia personalidad, de desarrollar sus valores culturales y de buscar aquellas formas de organización política e institucional que mejor respondan a sus características peculiares y a la solidaridad que deben vivir con los demás. Los justos logros que en este orden puedan alcanzarse, alegran también a la comunidad cristiana, que ve ahí el reflejo de la riqueza de Dios y de su acción creadora (cfr. GS 58).

La misma Iglesia que quiere ser el signo visible de la vocación universal a la creación de la gran familia humana, que reconoce a Dios como Padre común (cfr. LG 9,2), es, ella misma, dentro de cada pueblo, una Iglesia local; desde sus orígenes, la Iglesia que es Católica por anunciar la salvación a todos los hombres, es también la Iglesia particular que peregrina en Jerusalén, en Roma, en Antioquía, en Éfeso y en todos los lugares en que los discípulos de Jesús se reúnen para celebrar su memoria y su salvación (cfr. Hch 11,22; 13,1; Rm 1,7; 16,5; 1 Co 1,2; Apoc 2,1).

Por ello, hemos de esforzarnos en hacer unas Iglesias locales que respeten, afirmen, estimulen y asuman las riquezas y el dinamismo de nuestro pueblo; Iglesias que, al mismo tiempo, muestren las dimensiones universales de la vocación humana tanto en la perspectiva de la solidaridad de todos los pueblos como en el servicio misionero y universal de la obra de la Evangelización (cfr. EN 62).

Será inevitable que esta doble fidelidad al carácter local y universal de la Iglesia tropiece con dificultades prácticas en el momento de hallar las formas adecuadas de su realización en el orden cultural, organizativo, misionero y evangelizador. No hay que excluir tampoco la dosis de impopularidad que la afirmación de esta doble polaridad pueda crear en posturas que vean el problema solamente desde una perspectiva parcial.

Pero una Iglesia que quiera ser fiel a sí misma, no podrá nunca renunciar a ser, al mismo tiempo, Iglesia particular, que nace en un pueblo concreto, con conciencia de que sus miembros son hijos de tal pueblo; Iglesia abierta a la fraternidad universal de las personas y de todos los pueblos.

Hemos de reconocer lealmente que, en ocasiones, múltiples circunstancias históricas, de índole eclesial y extraeclesial, han dificultado la sintonía con la dinámica del pueblo y la asunción de su destino histórico. Creemos, por ello, que es ésta una tarea en cuyo acertado planteamiento y solución está en juego una de las características que han de definir la autenticidad de nuestras Iglesias locales. Todos los que las integramos, aun pertenecientes a diversas tradiciones y corrientes histórico-culturales, hemos de ser conscientes de que en esta empresa están comprometidos valores tan importantes como la unidad de la comunión y el respeto debido a los derechos de los pueblos (cfr. EN 63).

Que nadie quiera ver en esta actitud de la Iglesia otra cosa que el deseo sincero de realizar mejor su propia imagen, en la fidelidad a sí misma y a la visión que ella tiene en relación con los valores culturales; ella quiere ser ajena a cualquier pretensión de mantener formas de prestigio o hegemonía que no le correspondan, aun cuando las haya tenido en épocas todavía no lejanas.

Es posible que, en algunos lugares o medios sociales, la búsqueda de la propia identidad y la depuración de la misión de la Iglesia produzcan desconcierto al ver que ya no se sacralizan religiosamente determinados gestos populares. Esto podría incluso acarrear un enfriamiento de los mismos valores religiosos, cosa que una sana autonomía temporal no tenía por qué producir. Tal situación nos obliga, particularmente a los responsables de la educación cristiana de las comunidades, a realizar un gran esfuerzo para hacer ver que una Iglesia que no mediatiza el desarrollo propio de los valores del pueblo, garantiza mejor la identidad de su propia misión.

La Iglesia no renuncia a la aportación cultural que, como otros grupos sociales, pueda hacer y, de hecho, hace. Pero afirma que su máxima y más valiosa contribución a la historia de cada pueblo no puede ser otra que el anuncio valiente del Evangelio, por la palabra y por las obras, en la línea de la reconciliación y comunicación entre los hombres y de la superación de todas las formas de injusticia, tanto personales como institucionales (cfr. Ef 2,14-18).

No es éste el momento ni el lugar más adecuado para analizar todas las consecuencias prácticas que han de derivarse de estos planteamientos en el campo de la predicación, del culto y de la acción pastoral en general. A la hora de dar solución concreta a estos problemas pastorales, no podemos olvidar la complejidad de los distintos grupos humanos que residen en nuestras diócesis, con la variedad de sus circunstancias socio-culturales. Para todos es la liberación proclamada por el Evangelio y todos han de ser respetados en sus legítimos derechos, evitando formas de coacción. La misma necesidad de la Encarnación de la Iglesia lleva consigo la ley de flexibilidad y condescendencia cristianas para una justa y oportuna diversidad de soluciones, con la misma y suprema voluntad apostólica de hacerse todo para todos.

El uso del euskera en la vida de la Iglesia y la fidelidad a nuestra tradición cultural en los centros e instituciones docentes de la Iglesia, de acuerdo con las exigencias y peculiaridades propias de cada una de nuestras Iglesias locales; la ordenación y configuración de los servicios diocesanos e interdiocesanos, de forma más coherente con nuestra realidad sociológica; la incorporación a las celebraciones litúrgicas de tradiciones enraizadas en el sentimiento religioso

popular y de nuestros antepasados, conforme al espíritu y las normas de la Iglesia. Éstas, entre otras, son, siguiendo las huellas del Concilio, algunas consecuencias prácticas que brotan espontáneamente de los planteamientos generales que venimos haciendo.

Estamos persuadidos de que una más clara toma de conciencia de lo que supone la inserción de la Iglesia local en el pueblo, la presencia de la inspiración evangélica en el dinamismo histórico que estamos viviendo, son, ya desde ahora, valores positivos que hemos de tratar de desarrollar quienes, de verdad, queremos a nuestra Iglesia y a nuestro pueblo.

IV.- LA CELEBRACIÓN COMUNITARIA-ECLESIAL DE LA CUARESMA

Especial urgencia de esta Cuaresma

16. La llamada para celebrar la Cuaresma siempre ha tenido un carácter serio y urgente. La convocatoria a la celebración comunitaria y eclesial de esta Cuaresma, ante la Pascua de 1977, podríamos calificarla de extraordinaria por todo lo que llevamos dicho.

A ningún creyente, a ninguna de las comunidades eclesiales –grupos, comunidades religiosas, comunidades parroquiales– se le oculta el interés de que la Iglesia defina sus posiciones propias en la ocasión en que, como ciudadanos, tratamos de poner también las bases de nuestro futuro. La Iglesia tiene que pensarse a sí misma; tiene que responderse a sí misma en la nueva circunstancia histórica; recordar quién es, para qué es, cómo ha de estar en el mundo para mejor servir al hombre.

La celebración de la Cuaresma en este año deberá caracterizarse por una sincera disposición para afrontar una reflexión cristiana sobre la Iglesia, en el surco que con este escrito hemos querido abriros. Es ahí donde habremos de concentrar nuestra atención, con la confianza de que una nueva evangelización purifique nuestras ideas, cambie nuestra mentalidad, transforme nuestras actitudes y nos encamine a nuevos compromisos (cfr. EN 13, 15).

Conversión individual y colectiva

17. Según lo que arriba os decíamos, los planteamientos de nuestra conversión individual y comunitaria han de ser coherentes y simultáneos. La conversión individual es decisiva; hemos de iniciar el cambio desde nuestras personas, pues de personas individuales está constituida también nuestra comunidad eclesial (cfr. EN 18, 19, 36). Ningún creyente puede pedir a la Iglesia una reforma colectiva que él no esté dispuesto a compartir. Más que nunca los nuevos tiempos señalan el valor de las decisiones y compromisos personales, de la interiorización de los ideales, de la personalización de la fe, de las posibilidades de nuestra libertad. Revisemos qué significa nuestra aportación individual en los distintos círculos familiares, juveniles, de asociaciones de trabajo, diversión, centros de estudio, grupos sindicales o políticos.

La renovación de nuestras comunidades eclesiales ha de seguir, coherente y simultáneamente, las líneas que predicamos para la conversión individual. Los pasos que demos en común para confirmar compromisos, renovar costumbres, corregir estructuras, adecuar evangélicamente instituciones, harán posible la permanencia de las generosas posturas personales. Más aún, sólo como comunidad y grupo, la Iglesia puede manifestarse como “sacramento de salvación” para el mundo; la evangelización ha de ir unida a los signos de nuestras realizaciones marcadas por el Evangelio (cfr. EN 60).

Esperanza activa en medio del cambio

18. Esta transformación individual, comunitaria e institucional, es reclamada por la rapidez del cambio de nuestra sociedad. Es urgente iniciar nuestro proceso de conversión, aunque reconozcamos que su dificultad nos pide una paciencia activa, que es hija de la esperanza teológica (cfr. 2 Pe 3,8-9.15). No caigamos en la tentación de aguardar al mañana, que sería tarde; ni tengamos miedo al riesgo de lo nuevo, propio de hombres de poca fe. Dejemos el individualismo y el gregarismo: seamos creyentes esperanzados y responsables en la construcción de nuestra Iglesia.

Algunas maneras particulares de revisión

19. Queremos recomendaros particularmente en este año las reuniones, reflexiones de grupos, asambleas y celebraciones litúrgicas en las que se explicita el carácter cristiano comunitario. Pensamos, por ejemplo, en la animación de grupos de trabajo sobre los temas presentados en esta carta pastoral; las jornadas de oración y predicación en Cuaresma, en alguna de sus semanas o en días elegidos a lo largo de toda ella; la atención cuidada de las celebraciones eucarísticas de cada domingo, ofreciendo, por ejemplo en algunas de las misas, la oportunidad de una catequesis o reflexión más amplia y profunda; la lectura del Evangelio y la oración en familia con ocasión de algunos acontecimientos personales, sociales o de Iglesia; la revisión de la preparación y celebración de los sacramentos con más condicionantes sociológicos como Bautismo, Primera Eucaristía, Matrimonio; la celebración de asambleas parroquiales como culminación de unas jornadas de catequesis y oración, con el fin de renovar algunas de las instituciones de las comunidades parroquiales, sectoriales o arciprestales, movimientos apostólicos seculares, o de centros de pastoral educativa o caritativa de Iglesia.

Muerte al pecado y vida en el Señor

20. Las acciones penitenciales encuentran su lugar propio en este tiempo de Cuaresma. Queremos recordaros aquí la importancia que el Sacramento de la Penitencia tiene en orden a la conversión personal y comunitaria. En él hemos de vivir sacramentalmente el amor gratuito de Dios, que nos ofrece la reconciliación misericordiosa, y hemos de manifestar la conversión personal a una vida cristiana nueva, incorporándonos más plenamente a la comunidad eclesial. Cada una de las formas, particular y comunitaria, de celebración de la Penitencia, tiene su peculiaridad y su propia dinámica; es de desear que sepamos emplearlas ambas, conociendo y respetando su valor propio, según las disposiciones vigentes en cada una de las diócesis.

La historia de nuestra penitencia personal y comunitaria, que culmina en la celebración de la Eucaristía, realiza en nosotros el Misterio de la Pascua del Señor (cfr. 1 Co 5,7-8). El esfuerzo de renovación moral, la purificación de nuestros pecados, la aceptación de los sufrimientos, enfermedades, penas y tristezas humanas que acompañan nuestras vidas, todo queda iluminado por la cruz de

Cristo Jesús, que nos invita como a discípulos suyos a tomar cada día su cruz para seguirle (cfr. Mt 16,24).

El Misterio de la Pascua de Jesús, muerto y resucitado, está transfigurando también ahora la vida de nuestros cristianos, de nuestras comunidades eclesiales y de nuestro mundo humano. El recuerdo de la Eucaristía en cada domingo seguirá haciendo presente este Misterio de la Pascua. Como Iglesia vivimos así incorporados a la tarea de los hombres, quienes entre angustias y esperanzas vamos escribiendo la historia del amor de Dios.

Miércoles de Ceniza, 23 febrero 1977

- ✠ **José**, Arzobispo de Pamplona y Tudela
- ✠ **Jacinto**, Obispo de San Sebastián
- ✠ **Antonio**, Obispo de Bilbao
- ✠ **Francisco**, Obispo de Vitoria
- ✠ **José María**, Obispo auxiliar de San Sebastián
- ✠ **Juan María**, Obispo auxiliar de Bilbao